

si vale decirlo, se estraga á menudo con el roce del mundo.

Esta infancia del hombre, mas larga y apocada que la de todos los vivientes, se constituye precisamente causa de nuestra perfeccion. En primer lugar, la estremada blandura de nuestra constitucion nos avasalla mas á todos los hábitos sin cotejo de ningun otro animal; la delicadeza de las fibras y la desnudez de la piel nos predisponen para sensaciones incesantes, vivas é intensas; pues es bien sabido que las criaturas todo lo quieren ver, todo lo quieren palpar. Nuestro voluminoso sistema cerebral apetece crecido número de conceptos; y así es que casi todas las criaturas dan indicios de ansiosa curiosidad y tenaz memoria. Esta predisposicion nos iguala con la clase de los monos.

Supongamos que la naturaleza, escuchando las indiscretas quejas del hombre, le hiciese fuerte y robusto desde su nacimiento, como á la mayor parte de los vivientes; que le poblase de vello, le armase de garras y dientes como al leon; que le deparara la velocidad del caballo en su carrera, las alas del águila, ó las retozonas piernas del kangaró: digo que nos fuera imposible ser hombres y hacer uso de la razon; pues si fuésemos pujantes desde nuestros tiernos años, ningun deseo tendríamos de estudiar, ni interés alguno en afinarnos y descollar; ninguna tarea nos empeñaria en sobresalir, asemejándonos al cuadrúpedo, que á los pocos dias de haber visto la luz, se embosca, llega á la pubertad, y procrea y muere en breve espacio, sin dejar rastro

alguno de su existencia sobre la tierra. Nuestro dilatado desvalimiento es de consiguiente el que nos avasalla á todo jénero de instruccion (1), y el que alejando á la pubertad, dilata nuestros años, y resume en nosotros todos los tesoros de una industriosa educacion. Si naciésemos velludos, jamás adquiriéramos el arte de hacer vestidos y construir edificios; si nuestras manos se trasformasen en ganchudas garras, estimularáranos el feroz apetito de sangre y carne cruda; tampoco pudiéramos percibir con delicadeza, ni ejercer las artes; por último, si tuviésemos alas y la constitucion necesariamente liviana, ardiente y movediza del ave, mucho mas distaríamos aun de toda vida social arreglada, de todo ejercicio de una intelijencia laboriosa y reflexiva. Y además, cual vemos que todos los individuos que descuellan sobre todo por la pujanza de sus funciones musculares y puramente animales, como los atletas, lidiadores, volatines, etc., están por lo comun faltos de intelijencia y nobles facultades; así tambien no podemos aspirar á la posesion de las cualidades animales, sin menoscabarnos y envilecernos por el mismo hecho á los actos de la naturaleza bestial. Si la perfeccion del hombre consiste pues principalmente en el pensar y en los nervios del inje-

(2) *Mollities cutis et carnis prodest ad benè intelligendum, unde pueri sensibus vigent; et inter viros, molliori carne predictos, et inter membra cerebrum molle.* Cardano, *de Subtilit.*, y Aristóteles, *Physiogn.* Como los negros llegan mas pronto á púberes, y siendo sus huesos mas macizos, igualmente que sus tejidos, son ya menos capaces de educacion que los blancos.

nio, resultará sin duda de una constitucion mas delicada, de sentidos mas primorosos ó capaces de franquear impresiones mas intelectuales que á los brutos, á fin de remontar en nosotros el talento, á proporcion de la mengua que nos ha cabido de los torpes arbitrios reservados al irracional.

Lejos pues de quejarse, debe el hombre dar gracias á la naturaleza de haberle constituido el sér mas intelijente, y por lo mismo superior á las demas criaturas; prerogativa tal que todos los irracionales debieran codiciarla á costa de su vida. Nuestras armas alcanzan el águila en los aires, ó tal vez hemos aprendido á aventajarla en el encumbramiento del vuelo. Ningun quebranto padecemos en el caer del brio del caballo; pues este cuadrúpedo nos está subordinado y nos subministra rendidamente su velocidad. No podemos nadar como el pez, pero nuestras embarcaciones vuelan por las ondas, atraviesan el Océano, tráennos el azúcar y el oro de otro hemisferio. Un cerebro, pues, para dirijir, y manos libres para emprenderlo todo en la tierra, son las dádivas mas magníficas que depararnos pudiera próvida naturaleza. Supuesto que el hombre cuenta con intelijencia y manos, afirmo que es el dueño de la tierra.

Para ser mas capaz de pensar, debiera pues mostrarse menos propenso que los brutos á las acciones violentas: correspóndele á ese rey del mundo nacer inerte, cual únicamente destinado al culto de la sabiduría, de la paz y de la blandura en la sociedad; pues las defensas naturales reservadas sean

para los entes feroces y selváticos; osen empero insultarle los animales, por mas arrogantes que aparezcan, y pronto caerán agobiados por el peso de sus golpes. ¡Cuántas armas mortíferas y formidables sabe labrar esa injeniosa mano! ¿No ha sabido amasar ese terrible salitre que desquicia montañas y derroca peñascos en horrisono estallido, á favor de la esplosion de las minas? ¡Feliz el hombre, si jamas hubiese empleado su temible industria sino contra los monstruos que talan la tierra, ó los tiranos que la oprimen, y para conquistar el lejítimo imperio que le franqueó la naturaleza! Efectivamente, el hombre ha recibido solo el imperio por un elemento terrible, por el *fuego*, por este instrumento universal de dominio, que nos da el hierro y los metales, agentes de produccion y destruccion en este globo. Solo el sér intelijente podía alcanzar tan incontrastable medio, y apropiarse su uso, como el don de la autoridad soberana, deparado por la misma Divinidad al rey de la creacion.

Lo que mejor prueba aun que estamos esencialmente destinados para la vida social, es que la naturaleza nos proporciona un lenguaje articulado, imposibilitándolo á los otros mamíferos, en términos de quitar hasta su posibilidad, á favor de una estructura particular de la larinje, al orangutan.

En realidad, mediante este lenguaje articulado, podemos aumentar sin límites los signos de todos nuestros conceptos, y enriquecer nuestra intelijencia con el mas grandioso diccionario de cuanto existe. Verdad es que todos los animales dotados de

pulmones, que dan voces y gritos diversos, se valen de ellos para manifestar sus afectos de amor, de cólera, de terror, de alegría, etc. (1); pero esta especie de lenguaje, muy limitado, casi no espresa más que acciones enteramente físicas; no puede decirse que esas palabras articuladas que se enseñan á pronunciar á los papagayos y otras aves, tengan para ellos el menor significado; como nada comprenden de ellas, jamás las usan entre sí, ni para con su familia; vienen á ser lo mismo que serian para nosotros unos términos estrambóticos y de lengua desconocida: así es que en manera alguna los trasladan á su familia. A ningun cuadrúpedo le es dado pronunciar con despejo palabras articuladas, á causa

(1) Se ha dicho que entre todos los animales solo el hombre es capaz de reir; y esta es en verdad otra de sus prerogativas. Siendo, además, el único que conoce la oportunidad ó contraposición de las cosas, juzga lo ridículo, lo gracioso, lo absurdo, y manifiéstalo por medio de la risa. Este fenómeno depende del vaiven comunicado por los nervios neumo-gástricos al diafragma, el cual comprime espasmódicamente los pulmones, como sucede en el cosquilleo, ó en las irritaciones causadas por ciertos venenos, como en la risa sardónica (por el *apium risus* ó el renúnculo malvado y diversos hongos venenosos). Mas, ¿por qué los animales dejan de experimentar esa excitación espasmódica del diafragma que produce la risa? Berghen (*de nervo intercostali*, §. 42) da por razón que como el animal anda en cuatro patas, su diafragma está más oprimido por la compresión de las vísceras que en el hombre, cuya estación es erecta, y opina que un hombre que caminase á gatas con dificultad pudiera reir. Esta explicación nos parece insuficiente, así como la propuesta por Willis (*De cerebro*, cap. xxvi) y por otros autores. Véase Roy, *Traité medico philosophique sur le rire*, etc. París, 1812, en 8º.

sin duda de la prolongación de sus mandíbulas. Verdad es que el orangutan, atendida la forma de su boca, pudiera articular sonidos casi como el hombre; mas la naturaleza, por un efecto de su extraordinaria previsión, no ha querido que un animal viniese á desviar la conversación humana, y que los disparos del irracional pudiesen alternar con el raciocinio de los seres inteligentes. Sin que enmudezcan los monos mayores, ofrece su larinje la particularidad de tener un agujero puesto entre el cartilago tiroides y el hueso hioides, de modo que el aire, saliendo de la traquearteria, penetra por aquella abertura en dos grandes sacos membranosos, situados encima de la glótis á cada lado; así en vano quisiera hablar el orangutan, pues el aire, al salir, se ve obligado, por la concavidad del ventrículo de encima de la glótis, á recojerse hácia los sacos membranosos de su larinje, donde la voz queda necesariamente sumida y ahogada (1).

Hé aquí pues el hombre solo, condecorado con la inmensa ventaja de fijar un signo á cada concepto, y de poder así conservarlos todos, comunicarlos á su semejante, y trasladarlos á la posteridad. Hé aquí el nuevo vínculo que estrecha los miembros de la familia, y luego los de la nación; pues merced á esas conexiones intelectuales y morales que nacieron en el seno de las primeras asociaciones humanas, fórmase una comunidad de especies, de ar rangues, y un asociamiento necesario de intereses.

(1) Esta observación fue hecha por P. Camper, *Diss. de organo loquæce simiarum*, en sus obras.

El hombre sabe entonces concebir planes, combinar y acometer empresas mucho mas arduas y diversas que las de los castores ó de las hormigas, especies reducidas sin duda á cierto lenguaje de signos ó de jestos, para entenderse ó comunicarse los intereses comunes de su destino, durante el escaso período de su existencia.

Así la naturaleza nos ha confiado el libre arbitrio de la independencia, al paso que el bruto es esclavo de su instinto. Nuestra ilustre prerogativa era forzoso resultado de la superioridad de razon y de la preeminencia que se nos dió sobre todas las criaturas; estas necesitaban de un guia interior que les dictase lo que era indispensable para su subsistencia. Quanto mas desvalidos, menguados y de corta existencia son los entes, como los insectos, mas necesario les era un instinto pujante y peregrino, una especie de inspiracion y de luz de la Divinidad que les dirijese en la vida; mas habiendo el hombre recibido un destello de intelijencia, quedó abandonado á su propia independencia; él ha sido el único libertado, cual primojénito, entre todas las criaturas. Su Autor, en cierto modo, ha confiado en él. Quanto mas cultiva el fértil campo de su razon, mas engrandece las miras de la naturaleza, la cual le inspiró la curiosidad, el deseo de instruirse, y le abrió las puertas de sus santuarios. La libertad de accion que nos fue deparada hácenos susceptibles de elojio y de reprehension, ó capaces de bien y de mal; mientras que la conducta del animal, encadenado por sus necesidades, y subordinado á su instinto,

le quita toda pretension á merecer ó á desmerecer, y destitúyele de todo derecho á la verdadera alabanza y real aprecio. De ahí puede inferirse cuan indispensables son los vínculos de las creencias y el freno de las leyes para que el hombre cumpla con sus deberes recíprocos en el estado de sociedad; esas sagradas instituciones dimanar de nuestra naturaleza libre; pues, por lo mismo que es independiente ó voluntariosa, solo á ella compete el fijar sus límites. A no ser así, permaneciera eternamente inculta y salvaje.

De este modo, irguiendo el hombre su cabeza, y descollando hasta la cumbre de toda la creacion, estiende sus miradas á la par de sus pensamientos, y abarca dilatadísimo horizonte intelectual. Logra la inspeccion de un señor sobre sus posesiones y esclavos; nacido para gobernar, compete la inmensidad de los intentos de un rey en su trono. Puede muy bien que ese afan de señorío, que tan esclarecidamente le diferencia entre todo lo creado, espresese el nativo impulso de su superioridad, y el predominio que le inspira su dignidad, su verdadero poderío en este globo. Puede tambien que al ver pendiente debajo de sí toda la cadena de los entes, mirando hácia lo alto, se encumbre hasta la contemplacion de un Sér soberano y creador, del cual se reconoce ministro; pensamiento sublime, destello radiante, que revela su augusto oríjen é inmortales destinos. Entonces ya no se considera tan solo como el primer eslabon de la cadena de los vivientes, sino que se ostenta depositario del poder supremo sobre

todos los entes de la creacion, dispensador de las altas leyes de la naturaleza, y árbitro de las eternas voluntades de un Dios. De este modo pronto considera el hombre que su cuerpo no es mas que un quebrado diminuto de sí mismo; y que en su interior abriga un poder secreto de intelijencia, de razon, de talento, oríjen de todo su imperio sobre la tierra, para gobernar en cierto modo el sistema de los cuerpos organizados: bien así como la pólvora da al arma de fuego su terrible pujanza, del mismo modo el poder espiritual del cerebro carga, por decirlo así, en el hombre con toda su prepotencia.

A no ser el hombre y la armonía que el mismo establece en la naturaleza, las fieras usurparan un desapiadado señorío, y destruirian las pacíficas castas de los herbívoros, las cuales por su parte mantienen el equilibrio entre los vegetales. Sí, cual demuestran todas las analogías, hay en los demás planetas un sistema de cuerpos organizados, fuerza es que haya tambien en ellos un caudillo y un centro, al cual se dirija la potencia de equilibrio y de gobierno; y de esta manera queda encontrado el complemento, la llave maestra de las criaturas organizadas y vivas en cada globo de los que majestuosamente jiran por los etéreos espacios (1).

(1) Las consideraciones acerca del oríjen y eslabouamiento de los seres animados en la naturaleza no pertenecen ya de un modo especial á la historia del hombre, sino que deben precederla. Efectivamente, nuestra especie ha debido ser la última en aparecer sobre la tierra, conforme dejamos espuesto en la obra *De la puissance vitale*, etc. Paris, 1823, en 8°. páj. 134 y sig.

SECCION TERCERA.

DE LAS EDADES Y DE LAS MODIFICACIONES QUE CAUSAN AL HOMBRE.

Dos impulsos principales producen las diferentes edades de los animales; en primer lugar, el del medro, dilatacion y desarrollo; y en segundo lugar, el de descomposicion, concentracion y mengua; el primero es la prepotencia de la vida, y el segundo el predominio de la muerte. Traemos al nacer el jermen ó arranque de nuestra destruccion, el cual fomentamos y esplayamos incesantemente hasta que acaba con nosotros. En la juventud, prepondera el impulso del medro y dilatacion; en la edad varonil, mantiénese en equilibrio con el empuje del menoscabo; y este último predomina por fin en la decrepitud. Estos dos impulsos se dan siempre la mano; cuando el uno prevalece, mengua el otro, y viceversa. Las edades no son mas que el deterioro sucesivo de ciertas propiedades, ó el aumento gradual y proporcionado de las propiedades opuestas: así pues, el medro es tanto mas tardío, cuanto mas distante del nacimiento. El cuerpo, húmedo y jelatinoso al principio, se desjuga y consolida por suce-